

RUINAS DEL ESPLENDOR BARROCO

Antonio Marquet*

¿A qué se debe la magia de Antigua? Sin duda a su entorno volcánico que transforma a la cauzuela de Antigua en un teatro natural cuyo juego escénico sorprende por su constante mudanza. En efecto, sus espigadas montañas adolecen de una vocación por erguirse para alcanzar las nubes, y entre tenerlas con la suave caricia de su plática o desgarrarlas cuando su huida es inevitable. Cada instante del día es una sorpresa en la Antigua Guatemala. Ora se disfruta de un cielo inmaculadamente azul; aunque no es raro que en un pestañeo acudan las nubes seducidas por la apostura del Volcán de Agua, o por el verdor infatigable de las laderas que se levantan a las puertas mismas de Antigua para velar su sueño y asegurar la perenidad de sus glorias barrocas.

Las razones del esteta alemán, Winckelman, parecen adecuarse a la Antigua Guatemala perfectamente cuando afirma que conmueve más la ruina de la belleza que la belleza misma. Además, el barroco es tan cercano a nosotros que el dolor se agudiza al encontrar sus opulentas glorias por tierra.

No sólo el corazón de la Ciudad de México, desgarrado botín político, está sometido al abandono. En el viejo continente está Palermo, donde los esplendores de los palacios del *seicento* han sido abandonados por nuevas clases sociales que prefieren la "comodidad" puritana que ofrece los techos bajos y el tirol, la disposición serial en esa suerte de palomares verticales. Ni éste o aquél es el caso de Antigua, ciudad impecable que mantiene abiertas las afrentas que le infligió naturaleza. Ciudad fantasmal, ciu-

dad—cruceiro que da la impresión de que casi nadie la habita —permanentemente— a pesar de que convoca a muchos: ni los turistas que vienen de los cuatro puntos cardinales, atraídos por la fama de su belleza, pero que difícilmente se detienen por un lapso mayor a un par de días; ni los naturales: aunque es una ciudad con sobradas cartas de abolengo para persuadir a la burguesía guatemalteca a que fije en ella su residencia... ¡secundaria! Por otro lado, quienes trabajan en Antigua viven en poblaciones—dormitorio vecinas: la antigua capital resulta onerosa. Su soledad data del siglo XVIII cuando, a raíz de los violentos temblores que la sacudieron, la capital decidió mudarse. ¿Pero acaso no ha sido ésta la suerte que desde la Antigüedad han corrido las ciudades mayas, cuyos habitantes se vieron obligados a dejar atrás aquello que había sido edificado para desafiar al tiempo?

Es un hecho que no cualquier edificación tiene el vigor necesario para persistir como ruina. Pero sin lugar a dudas, independientemente de la latitud, de la cultura y de la época, serían los templos los primeros convocados a caer sin desaparecer. Pensando en la eternidad, los habitantes de Antigua elevaron campanarios, bóvedas, cúpulas, cuyos restos ahora se entrelazan fragmentariamente, mudos testimonios de una fe que se expresa a cielo abierto... ■

* Departamento de Humanidades, UAM—Azcapotzalco.